

Autor: Abilio Ayuso

CATALINA

Ilustrador Ronny Bravo



Existen personas intransigentes, de ideas fijas, que parece **+18**
que nunca cambiarán. ¿Que tendría que suceder para que una de esas personas
viera la vida con un matiz diferente?. Algo muy bestia, sin duda.
Esta brutal novela de serie negra nos da la respuesta.

Aquella muchacha siempre lo había tenido muy claro, acostumbraba a decir a sus amigas: “Evidentemente, a mí sí que me gustan los hombres, pero no por eso voy a ser el juguete de cualquiera, tendré relaciones con algún chico que sea formal y sepa esperar el momento adecuado, cuando estemos casados como Dios manda”.

Sus amigas no se lo acababan de creer y en ocasiones le preguntaban: “A ver Catalina, ¿Quieres decir que con veinticinco años ningún chico te ha llegado a coger la mano?”.

“Pues claro que no, si un día te dejas coger la mano, al día siguiente querrá algo más y así cada día hasta que te entregues por completo a sus deseos”.

“Pero Catalina, si es guapo y tiene estilo, eso de: Entregarse por completo a sus deseos no está nada mal, a lo mejor resulta que sus deseos y los tuyos son los mismos”.

“Cada una puede hacer con su cuerpo lo que desee”, les respondía, “Pero a mí solo me tocará un hombre que me quiera de verdad, sepa respetarme y esperar, y la verdad es que lo con lo que corre a nuestro alrededor no va a ser fácil, además si os he de ser sincera cada vez me dan más asco los hombres, por cualquier sitio que vas te miran como perros hambrientos, la verdad es que preferiría vivir en un mundo sin hombres”.

“No seas exagerada Catalina, ¡Un mundo sin hombres!, que aburrido, además es lógico que te miren, eres muy guapa y tienes un tipazo, ya me gustaría que me miraran así”.

“Pues a mí me incomoda mucho, seguro que a ellos no les gustaría que yo les tirara piedras”.

“No seas bestia, las miradas no hacen daño y las piedras sí”.

“Bueno pues a mí esas miradas me duelen moralmente como si fueran pedradas”.

Estaba claro que Catalina lo tenía todo, era guapa, inteligente, buena amiga de sus amigas, siempre dispuesta para ayudar, sino hubiera sido por su aversión a los hombres sería la mujer perfecta.

“Tenemos que hacer algo con esta muchacha”, comentó Sara con sus amigas, “Yo pensaba que con el tiempo se arreglaría, pero es al revés, va a peor, si sigue así a los cuarenta irá asesinando hombres por la calle”.

“Vale ¿Y qué hacemos?”.

“Ya lo tengo, organizaremos una pequeña fiesta a la que solo invitaremos a tíos muy majos, los golfos vetados, y les advertiremos que Catalina es un poquillo rara, estando con nosotras y con un buen ambiente se irá relajando y con algo de suerte igual se enrolla con alguien”.

“Estáis de broma, no querrá venir, es como si a mí me invitan a unos ejercicios espirituales”.

“Vendrá si lo montamos bien, no la invitamos a la fiesta, sino que le pedimos ayuda, y la fiesta, no es tal fiesta sino algún rollo cultural benéfico para colaborar con una asociación del tercer mundo que recoge niñas que han sufrido abusos sexuales”.

“Puesto así sí que vendrá, ¿Pero no descubrirá el pastel?”.

“Si está bien organizado, tenemos un guion, y todos lo seguimos, no sospechará nada, además, no va a desconfiar de sus buenas amigas”.

“Si fuéramos hombres seguro que desconfiaba”.

“¿Desconfiar?, que va, ya no dejaría ni que le habláramos”.

Lo organizaron muy bien, la tapadera era perfecta, Catalina fue un poco reticente cuando supo que también acudirían muchachos, pero todo el grupo a una cortó sus dudas de raíz: “Pero Catalina, ¿Cómo puedes pretender discriminar a unas personas que están colaborando desinteresadamente en un proyecto humanitario de esta envergadura?, ¿Es que antepones tu comodidad y egoísmo a las causas altruistas?, lo tuyo ya no es prevención sino puro racismo hacia la mitad del género humano, no pensaba que pudieras llegar a ser tan mezquina”.

“Bueno... Perdonarme... Yo... Ya sabéis que no estoy acostumbrada a tratar con chicos”.

“Vamos, como si Teresa de Calcuta hubiera renunciado a su obra porque los pobres estaban sucios y le daban asco”.

“Tenéis razón a veces me paso en mis manías, tranquilas que colaboraré”.

Así quedó la cosa, llegó el día de la fiesta supuestamente benéfica, pero las cosas no discurrieron tal como habían planeado. Ya de entrada cuando comenzaron a llegar algunos amigos y saludar con un par de besos en las mejillas a todas las jóvenes, al llegar a Catalina se vieron detenidos por una mano tendida que les dio un seco y rápido apretón de manos, uno de ellos le dijo: “Bueno chica, déjame que te dé un par de besos como a todas”.

“Cuando seas mi prometido formal entonces”.

“Supongo que si fuera tu novio y formal me dejarías darte algo más que un beso en la cara”.

“En absoluto, todo lo demás quedaría para después de la boda”.

“Dios mío, que noviazgo tan aburrido, parecería una condena”.

“¿Te he pedido yo que seas mi novio?, pues entonces no te preocupes seguro que encontrarás otras que te diviertan más”. El chico estaba a punto de añadir algo, pero un disimulado codazo de una de las amigas cortó de lleno su discurso.

Luego en la reunión en la que supuestamente se recogían ideas para recaudar fondos, Sara, con toda intención sacó frutos secos salados y champagne fresquísimo, Catalina intentó aguar la fiesta diciendo: “No me parece muy ético que en una reunión de carácter benéfico bebamos productos alcohólicos”.

Pero tenían la coartada preparada, Elena sacó una tarjeta y leyó: “De nuestro benefactor el propietario de las bodegas Conde, nos regala esta caja de champagne para que la bebamos en nuestras reuniones para darnos ánimos y como recompensa por la tarea humanitaria que estamos realizando. Podemos aceptar el regalo y beberla, o devolvérsela y decirle que no la queremos, ¿Qué te parece que hagamos?”.

“Hay una tercera vía, la vendemos y así recaudamos más fondos”.

“Claro, y a nuestro benefactor le engañamos y le decimos que estaba muy bueno, Catalina, vender un regalo que te han hecho de corazón, aunque sea por una buena causa es muy miserable, ya le pediremos al señor de las bodegas otra caja para subastarla y seguro que nos la da”.

El líquido dorado comenzó a correr por las copas y alivió un poco la tensión que la mojigatez de Catalina provocaba al resto del grupo, Elena dijo: “Tengo una idea, organizaremos un baile benéfico estilo antiguo en plan romántico, y todas acudiremos muy elegantes y guapísimas, los caballeros para bailar tendrán que comprar una flor en una parada que montaremos y entregársela a la dama con la que deseen bailar, habrá flores de diferentes colores cada color representará un valor, si dos caballeros pretenden bailar con la misma dama tiene prioridad la flor de más precio, al final del baile cada dama sumará los puntos de las flores que haya recogido y la que gane será declarada reina de la fiesta, la segunda la princesa y las dos siguientes las damas de honor”.

Apenas había acabado la última frase cuando Catalina soltó el jarro de agua fría: “No veo por qué para recoger fondos hay que montar toda esa parafernalia de bailes y tonterías que no conducen a ninguna parte, cada uno aporta lo que puede, se recoge y listo”.

“¡¡Hostias Catalina no entiendes nada!!, no se trata de exprimir a la gente como si fueran limones, vayan pasando, vayan pagando, vayan saliendo, sino de crear una situación en que la gente pague de buena gana y el dinero que tal vez se hubieran gastado en otro tipo de diversiones lo aporten a gusto y se lo pasen bien en una reunión divertida, familiar y sana”.

“Pues la verdad a mí eso de bailar con un desconocido no me hace ninguna gracia”.

“Tranquila, te los presentaremos uno por uno antes, incluso te podemos pasar una ficha previa con todos sus datos”.

“No es eso... Es que a mí no me gusta que me toque un hombre”.

“Joder, ¿qué temes que te violen en mitad de la pista?, serán chicos escogidos, guapos, sanísimos y buena gente”.

“Veo que no queréis entenderme y no respetáis para nada mi forma de pensar, bailar vosotras todo lo que queráis yo me puedo sentar en la mesa a vender las flores, y ahora perdonarme, pero voy a la cocina a beber aunque sea un vaso de agua del grifo, o también tengo que emborracharme porque a vosotras os dé la gana”.

Cerró la puerta de la cocina con un golpe seco, realmente estaba de mal humor, era como si sus amigas se hubieran empeñado en arrojarla en brazos de un hombre, ¿Qué les pasaba?, ¿Es que acaso sentían envidia de que conservara la virginidad y pureza que ellas habían perdido hace años?, parecían dispuestas a todo con tal de mancillarla, no le extrañaría nada que enviaran allí alguno de aquellos amigos para que intentara abusar de ella, seguro que ahora estarían conspirando para ver como lo hacían, pero como se les ocurriera el agresor lo iba a pagar caro, y dicho esto fijó la vista en un juego de cuchillos de cocina que había sobre el mostrador.

En aquel momento un escalofrío recorrió su espalda, parecía que sus peores temores se iban a confirmar porque en aquel momento la puerta comenzó a abrirse lentamente. Tomó rápidamente un cuchillo largo y afilado, se volvió hacia la puerta apoyándose en el fregadero, escondiéndolo a su espalda y esperando con todos los nervios en tensión.

En la sala estaban discutiendo acerca de si aquella muchacha era un caso perdido o tenía solución. En aquel momento llegó el hermano de Sara, venía alegre y optimista, en principio porque aquel día parecía que todo rodaba a su favor y en segundo lugar porque había estado bebiendo unas copas con antiguos amigos que había reencontrado, no iba borracho, ni mucho menos, pero si algo achispado.

Le pusieron al corriente de la situación y dijo: “Estáis haciendo una tormenta en un vaso de agua, yo conozco a Catalina por las veces que ha estado en casa con mi hermana y nunca me ha mirado mal ni me ha escupido en la cara”.

“Claro, porque eres el hermano de su mejor amiga y te ve de otra forma”.

“Bueno ya veo que tendré que sacaros yo las castañas del fuego”.

Dicho esto, se dirigió a la cocina, aquel día se sentía capaz de arreglar el mundo si se lo pedían, entró y se fue con la mejor de sus sonrisas directo hacia donde se encontraba la muchacha, tensa como la cuerda de un violín diciendo: “Catalina cariño, ¿Qué te han hecho estos patanes? ven aquí y dame un abrazo”.

Hizo el gesto de abrazarla y en ese momento recibió tres cuchilladas seguidas en el vientre, ni siquiera hizo intención de retirarse o defenderse porque murió sin acabar de creerse lo que le estaba pasando.

Catalina lo vio caer a sus pies como una marioneta a quien han cortado los hilos, por un momento sintió el lógico temor que le provocaba la responsabilidad de haber matado a una persona, pero lo desechó enseguida, la habían intentado violar y ella se había defendido, nadie podía culparla.

Pero las cosas no salieron como ella esperaba, se quedó allí inmóvil contemplando el cuerpo muerto en un tiempo que le pareció infinito hasta que Elena entró diciendo: “Que hacéis los dos aquí tan calladitos” y se quedó horrorizada en la puerta sin poder creer lo que veía gritando: “¡¡¿Pero qué has hecho maldita zorra?!”.

Al oír el alarido el resto del grupo entró en tromba, los que estudiaban medicina examinaron el cuerpo e hicieron un gesto negativo con la cabeza, todos insultaban y gritaban a la muchacha que en vano trataba de explicar que sólo se había defendido.

Dos de los chicos más fuertes tuvieron que sujetar a Sara que quería estrangularla allí mismo y otros quitaron el cuchillo de manos de la homicida y aunque ella protestó gritando: “A mí no me toquéis, os denunciaré”.

La sujetaron sin contemplaciones y la sentaron en la sala, cada vez que intentó levantarse unas manos fuertes la empujaban otra vez hacia la silla, hasta que uno de los muchachos le dijo con el rostro crispado: “Si te mueves una vez más te reviento la cara a puñetazos cerda”.

Allí sentada e inmóvil pensó que solo tenía que esperar unos minutos a que llegara la policía y pusiera orden. No tardaron en aparecer, efectuaron un interrogatorio rápido, pero al llegar a ella no parecieron atender sus razones, quedó anonadada cuando le colocaron unas esposas y la condujeron a un furgón enrejado, como si fuera una vulgar delincuente.

Cuando se celebró el juicio, pensó que al ser su señoría la juez una mujer, comprendería mejor sus razones, pero se equivocó por completo, tal vez influyera el hecho de que la magistrada tenía un hijo de la misma edad que el asesinado, pero el caso es que fue implacable.

Aunque lo que más le dolió a Catalina hasta el punto de llegar a desmontarle los esquemas mentales que hasta la fecha había tenido por inamovibles, fueron las declaraciones de los testigos, nadie dijo nada en su favor, todos la presentaron como una resentida furiosa que odiaba a los hombres, tuvo que oír cosas como:

“Ella quería tener un hombre como un juguete particular, un esclavo a su entero capricho, un zombi sin personalidad, siempre intentó atraparlo con el cebo de sus supuestos encantos, y como ningún muchacho fue lo bastante tonto como para entrar en el juego, acabó odiando a los hombres”.

“Una mojigata absurda y recalcitrante que al no conseguir que nadie pasara por el tubo de su intolerancia decidió vengarse en la primera ocasión, y en cuanto pensó que tenía una mínima coartada se lanzó como una hiena sobre su pobre víctima”.

Sin embargo cuando hablaban de Carlos, el asesinado, todo eran alabanzas, lo describían como a un santo en la tierra, pero no un santo de cartón piedra sino profundamente humano, tuvo que escuchar como decían de él: “Era incapaz de una mala acción, al contrario, solo se preocupaba de ayudar a los demás, eso fue lo que le perdió, el intentar ayudar a la que él pensaba que era una pobre muchacha solitaria y así entrar en la cocina como un cordero en el matadero”.

“Yo tuve un accidente con la moto, cuando todo el mundo estaba de vacaciones y no tenía quien me ayudara, renunció a un viaje y estuvo conmigo auxiliándome en todo, haciéndome de enfermero y hasta de madre, incluso necesité que me ayudara a lavarme y cambiarme las bragas

y no tuvo el más mínimo gesto ni de picardía, ni siquiera una mirada ligeramente obscena, todo lo contrario, dentro de mi desgracia me hizo sentir muy bien por pensar que aún quedaban buenas personas en el mundo”.

“Pienso que no tenía novia porque en el fondo sabía que todas estábamos enamoradas de él, y no quería escoger a una decepcionando a las otras”

Todo ello fue creando en Catalina un sentimiento, no de culpa, porque ella estaba convencida de haber actuado con toda sinceridad, pero anidó en ella la idea de haberse confundido, finalmente llegó al convencimiento de que ella era una persona diferente que no podía convivir en el mundo actual compartiéndolo con todos los hombres que en él habitaban.

El jurado tardó poco en deliberar, la declararon culpable por unanimidad, la juez le lanzó una mirada de acero y le dijo: “Tiene usted la suerte de que en este estado no existe la pena de muerte, porque le impongo la pena máxima que la ley me permite: Cadena perpetua, ¿Tiene algo que añadir antes de que la sentencia se cumpla?”.

Aunque estaba muy abatida, en ese momento volvió a ella parte de su antigua seguridad y arrogancia y dijo: “Tal vez me equivoqué en las intenciones de ese chico y no merecía morir, pero por mi parte pienso que soy afortunada porque iré a parar para siempre a un mundo sin hombres, de esa forma yo podré vivir más relajada y ellos estarán más seguros sin mí, nada más Señoría”.

De camino a la prisión iba pensando que lo que para otras sería el fin del mundo, para ella no era tan grave ya que siempre había sido una persona solitaria y en su celda podría dedicarse a lo que le gustaba, como pintar miniaturas, leer a los clásicos, además con la ventaja de no sentirse nunca acosada por los deseos carnales de los hombres.

Lo que Catalina no sabía es que su vida en prisión no iba a ser tan plácida como ella esperaba, porque mientras se celebraba el juicio, Sara había estado creando un grupo que ella denominó: De acción por la verdadera justicia, su frase más repetida era: “No soporto que mientras mi hermano se pudre en el cementerio ella viva tranquila y relajada, tengo que hacer que sufra, como estoy sufriendo yo”.

Mucha gente se solidarizó con ella y siempre hay alguien que conoce a alguien que tiene un amigo... De esta forma consiguieron ponerse en contacto con una organización que ayudaba a rehabilitarse a las presas, y con la excusa de una buena obra, repartieron en todo el presidio un paquete con un disco, unos bombones y una pequeña revista donde entre una serie

de noticias banales aparecía la foto de Carlos y la explicación de cómo había sido brutalmente asesinado y la de Catalina en la que se hablaba de su condena por cometer aquel hecho sólo movida por un odio irracional a los hombres.

En la cárcel hubo comentarios para todos los gustos: “Así que mientras nosotras estamos aquí sin un tío bueno que nos alegre, esta perra se los va cargando”, “Ósea que nos traerán una virgencita casta y pura, pues verás lo que tarda en dejar de serlo”, así que cuando Catalina entró en presidio todas las reclusas sabían quién era.

Normalmente a las reclusas nuevas se les organizaba una “fiesta” más o menos consentida por las celadoras, en la cual se les gastaban novatadas de pésimo gusto, pero la que le estaban preparando a ella superaba de largo todas las anteriores.

Cuando, pasados los trámites de rigor, Catalina fue encerrada en una celda, con las tres mujeres que serían sus compañeras, intentó presentarse, pero una de ellas le dijo: “Tranquila, pequeña, si ya te conocemos, eres famosa aquí, tanto, que hasta vamos a celebrar una fiesta en tu honor esta noche, solo para mujeres”.

Evidentemente Catalina no captó la ironía, se sorprendió de ser conocida, pero pensó que era normal que la noticia de su juicio hubiera sido seguida en prisión, y se alegró por el buen pie con que comenzaba su estancia en la cárcel, tanto que hasta organizaban una fiesta en su honor, seguramente allí habría muchas mujeres que habían sido acosadas por los hombres y comprendían como se sentía.

Al llegar la noche, las gruesas y enormes celadoras abrieron la celda y con una sonrisa sádica dijeron: “Hala, ya podéis ir al comedor, tu fiesta te espera”.

Cuando llegaron, Catalina observó que habían apartado las mesas junto a las paredes y puesto las sillas alrededor, como si fuera una pista de baile, en el centro había un enorme somier de hierro, bastante desvencijado, con varios colchones encima y una manta tapando el conjunto, no había música y sobre las mesas se podían ver algunas botellas de un líquido indefinible.

Su entrada fue recibida con risotadas y gritos que decían: “Ya está aquí la reina de la fiesta”, “Hurra”, “Vamos a celebrarlo”.

Sus compañeras la guiaron hasta el centro del salón donde les esperaban otra docena y le dijeron, señalando el somier: “Ves, eres la reina de la fiesta y este es tu trono, ya puedes subirte en él”.

Mientras tanto las celadoras se retiraban discretamente a la galería superior de vigilancia, dispuestas a no perderse detalle.

A Catalina aquel amasijo de colchones le parecía cualquier cosa menos un trono, pero imaginó que en una cárcel no disponían de muchos materiales y habían hecho lo que habían podido así que para no desairar a sus nuevas amigas se subió a la pila de colchones y se sentó arriba como pudo mientras las reclusas aplaudían.

Iba a decir alguna frase de agradecimiento, pero no tuvo tiempo porque varios grupos de manos fuertes tiraron al unísono de sus muñecas y tobillos, las fijaron con lazadas de ropa y ataron el otro extremo a las patas del somier dejando a la muchacha estirada y totalmente inmovilizada con brazos y piernas en forma de aspa.

Seguidamente otra docena de manos comenzaron a romper y retirar su ropa, cortándola con unas pequeñas cuchillas cuando era preciso.

A medida que el cuerpo de la chica quedaba desnudo se oían comentarios de una obscenidad como Catalina no hubiera jamás pensado escuchar de una mujer: “Mira que tetas más gordas y bien puestas tiene”, “Fíjate que chochito más rubito y mono, que ganas tengo de desvirgárselo”.

Cuando se vio atada desnuda y con todas aquellas miradas y comentarios encima suyo, pensó que la broma había ido demasiado lejos y comenzó a gritar como una histérica pidiendo ayuda a las celadoras, pero enseguida las pudo ver en la galería superior gozando del espectáculo y riendo estrepitosamente.

Pero Catalina pronto descubrió que no es que la broma hubiera ido muy lejos, sino que no había hecho más que comenzar, cuando docenas de manos comenzaron a sobarla y pellizcarla y unas bocas ansiosas comenzaron a chupar sus pezones, lamer su cuello y hasta chupar los dedos de sus pies como si fueran caramelos, pero lo que más atraía su atención era la mujer que arrodillada entre sus piernas le hacía gestos con su enorme lengua al tiempo que la hacía descender hacia su pubis.

Lo que estaba temiendo sucedió, lentamente, recreándose, le abrió los labios vaginales e hizo correr su lengua arriba y abajo deteniéndose en el clítoris, después con mayor fuerza introduciéndola en su vagina y saboreándola como si se tratara de un manjar delicioso.

A partir de aquí Catalina comenzó a llorar lastimeramente, suplicando que la dejaran, pero aquello parecía surtir el efecto contrario en sus violadoras y solo servía para animarlas más aún.

Cuando parecía haberse resignado a padecer aquel trato degradante vio que algunas comenzaban a mostrarle una serie de objetos fálicos, a los que aplicaban algún tipo de crema hidratante en una clara alusión masturbadora, hasta que una de ellas enseñándole un pepino de grosor y longitud considerables le dijo: “¿Te gusta mi juguetito?, pues te lo voy a meter entero por ese chochito tan mono que tienes”.

Aunque la situación era espantosa, aquellas palabras le hicieron temer una posibilidad en la que no quería ni pensar, la guarra que lamía desesperadamente su clítoris se apartó dejando sitio a la mujer del pepino, todas las reclusas la observaron mientras se lo frotaba primero por el exterior de los labios vaginales, hasta comenzar a introducirse lentamente.

Entonces lo comprendió con toda claridad, la iban a violar, ella que siempre había contemplado la posibilidad de perder su virginidad solo en un ambiente de cuento de hadas, rodeada de un romanticismo casi mágico, veía convertido ese cuento en la peor pesadilla.

Aquella bruja comenzó a presionar sin piedad abriendo camino en el interior de Catalina, la mezcla del dolor, el horror y el asco fue tan grande que comenzó a proferir unos alaridos espeluznantes, que lejos de atemorizar a sus espectadoras, las enardecieron aún más, haciéndolas reír alocadamente mientras proferían gritos animando a la violadora, tampoco les preocupó la abundante sangre que corrió entre las piernas de la muchacha.

Al cabo de un tiempo que a Catalina se le hizo eterno retiró de su interior el falso pene y lo mostró entre aplausos, pero el alivio que sintió la muchacha duró bien poco, ya que otra de aquellas zorras se había instalado entre sus piernas introduciéndole su “Juguete”.

La desdichada Catalina experimentó en su interior toda clase de objetos de los más diferentes tamaños, formas y texturas, aquella que conseguía arrancarle los mayores gritos era vitoreada por sus compañeras.

Pero aún le quedaba por sufrir una última experiencia dolorosa y humillante, cuando dos de las reclusas se esforzaron en colocar un duro y grueso cojín bajo sus nalgas mientras otra le enseñaba una banana de un tamaño nada común, diciéndole: “¿Pensabas que íbamos a dejar en paz tu culito?, pues ni lo sueñes”, con la habilidad de una enfermera pasó la mano

por el espacio que el cojín mantenía, bajo sus piernas, introduciéndole la fruta por el ano mientras la movía con una rapidez que hubiera sido la envidia de un violinista, acompañado de giros vertiginosos.

Mas daño, nuevos aullidos de dolor, asco y desesperación, coreados por las alegres risas de su público.

Aquello superaba todos los límites que Catalina hubiera podido soñar, porque ni dentro de la mejor relación matrimonial hubiera pensado en la posibilidad de una penetración anal, práctica que ella veía como una degeneración absoluta, y sin embargo acababa de sufrirla.

Su tortura duró casi toda la noche, finalmente cortaron sus ataduras y la dejaron allí en medio, desnuda y gimoteando lastimeramente, hasta que las celadoras bajaron y con una sonrisa sádica le dijeron: ¿Tienes pupita?, pues o te largas ahora a tu celda o te lo lavaremos con alcohol y entonces sí que te vas a enterar”.

La idea de que eran perfectamente capaces de cumplir su amenaza la hizo levantarse como pudo y arrastrarse hacia su celda, allí se quedó sollozando en su cama hasta que una de sus compañeras le dijo: “Zorra, queremos dormir, así que o te callas o te pegaremos una paliza tan grande que lo de antes te parecerá una tontería”.

Una cosa que la muchacha había aprendido es que allí dentro cualquier atrocidad era posible, así que se esforzó por no emitir ningún otro sonido.

El siguiente mes fue realmente espantoso, aunque no se repitió un acto tan elaborado como el de la bienvenida.

En cualquier momento un grupo de reclusas abusaba de ella sin que nadie moviera un dedo por ayudarla, sus intentos por denunciar los sucesos a la dirección acabaron con una paliza y una semana en una celda de castigo, completamente a oscuras sobre el duro cemento y sin espacio ni para poder estirarse.

Cuando salió, estaba psíquicamente rota, pero algo mejoró a partir de entonces, porque notó que en los días siguientes nadie la molestaba.

Una semana después, las celadoras vinieron a su celda y secamente le ordenaron: “Coge tus cosas, te cambias de celda”.

La llevaron por el fondo del pasillo hasta una que se encontraba algo aislada, parecía, más grande y cómoda que la anterior, allí también había tres compañeras que la miraban con una sonrisa socarrona.

Catalina reconoció a una de ellas, era la que había introducido la lengua en su vagina con tanto afán, fue ella la que le dijo a modo de saludo: “¿Te has dado cuenta de que últimamente nadie te ha hecho nada malo?, pues es ni más ni menos porque te hemos comprado, nos gustas y te hemos adquirido entre las tres, ahora eres nuestra, no te sorprendas, aquí todo se compra o se vende, pero tranquila que nosotras no te haremos ningún daño, a menos que te pongas borde claro”.

La muchacha aseguró de corazón que no tenía la más mínima intención de ponerse borde, a lo que le respondieron con un lacónico: “Ya lo veremos”.

Una notable diferencia de aquella celda era que en lugar de las típicas literas herrumbrosas tenía una sola cama de matrimonio, desvencijada pero grande y de apariencia cómoda y un pequeño sofá que había conocido mejores tiempos.

Sus nuevas compañeras la invitaron a sentarse en él, mientras ellas lo hacían al frente, en el borde de la cama, amablemente le ofrecieron un extraño licor verdoso del que ellas no bebieron, en principio lo rechazó aduciendo que ella no tomaba bebidas alcohólicas, pero cambió de idea cuando una de ellas le dijo con voz dura: “¿Nos vas a rechazar esta bebida que tanto nos ha costado guardar para ti?, ¿Ya te estás empezando a poner borde?”.

Se apresuró a decir que no y comenzar a beber bajo la atenta mirada de sus tres compañeras, el líquido le quemaba como fuego, pero no se atrevió a dejar ni una gota.

Al momento notó un extraño calor en su estómago que se fue extendiendo por todo el cuerpo acompañado de un hormigueo extraño, sin embargo, no le causó mareo alguno sino que a pesar de las extrañas sensaciones que le proporcionaba seguía conservando toda su lucidez.

Satisfechas, sus compañeras se levantaron y le dijeron bienvenida al grupo, y ahora vamos a acostarnos que en estas putas celdas hace frío, dicho lo cual se desnudaron completamente, dejando la ropa sobre el sofá.

A pesar de todo lo que había vivido últimamente a Catalina le daba apuro quitarse toda la ropa y compartir la cama con aquellas mujeres, pero tampoco quería desairarlas, se quitó el tosco uniforme y rápidamente hizo acción de colarse bajo las sábanas cuando una voz la detuvo en seco: “¿Qué haces con las braguitas puestas?, aquí se duerme a pelo”.

Obedientemente dejó su ropa interior en el sofá, la hicieron colocarse entre dos de ellas que inmediatamente la abrazaron y comenzaron a acariciar suavemente, la tercera se metió bajo las sábanas por los pies de la cama y colocándose completamente encima de Catalina, le dijo con voz sugerente: “Abre los labios y dame un beso de amor”.

Catalina intentó rechazarla, pero apenas había iniciado el gesto cuando notó la punta de una cuchilla sobre su párpado, mientras las otras dos mujeres inmovilizaban sus brazos a izquierda y derecha.

La voz antes seductora se volvió dura como el pedernal para decirle: “Tenlo muy claro, aquí harás lo que te digamos, porque si no primero te sacaremos un ojo, luego te clavaremos agujas por todo el cuerpo y te arrancaremos las uñas, y para rematar tal vez te metamos una rata de cloaca por el chocho, y nadie moverá un dedo por ayudarte, creo que ya deberías saberlo”.

La muchacha se derrumbó por completo, en un mar de lágrimas les pidió que no la torturaran, que intentaría hacer todo lo que quisieran pero que no le causaran más sufrimiento.

La cuchilla desapareció tan rápido como había surgido y todo se volvió mimos, caricias y frases dulces.

Aquellas mujeres conocían bien como pulsar los resortes de la excitación en un cuerpo femenino, sus lenguas y sus manos recorrían los puntos erógenos de Catalina, notando rápidamente los más sensibles e insistiendo allí con una habilidad diabólica, la muchacha percibió una sensación completamente nueva para ella, aunque técnicamente sabía lo que era un orgasmo, nunca había llegado a sentir ni el más leve preliminar y ahora la estaban empujando implacablemente a ello.

Intento resistirse pensando en otra cosa, porque le humillaba terriblemente que aquella relación indecente y antinatural le proporcionara placer físico, pero era imposible, además el extraño brebaje que había ingerido era un potente afrodisíaco, así como la crema con la que lubricaban el interior de su vagina.

Totalmente vencida no pudo evitar gemir de placer entre los espasmos del orgasmo, finalmente lo habían conseguido y tal vez ahora la dejaran en paz, pero en lugar de eso continuaron como si nada hubiera sucedido y en un instante notó otra oleada de placer mayor aún que la anterior, y después otra y otra hasta que perdió la cuenta, acababa de descubrir que era multiorgásmica y sus compañeras parecían incansables en su tarea.

En un momento dado les dijo entre gemidos que pararan que ya no podía resistir más, por el contrario, le dijeron: “Que maravilla, pues queremos saber que te pasa cuando ya no resistas más”, y continuaron con más ardor aún.

Desde las otras celdas reían y animaban a las lesbianas a seguir: “No paréis hasta que se muera”.

Cuando finalizaron después de varias horas, Catalina no había muerto pero estaba exhausta, había perdido la noción de su propio cuerpo y no tenía fuerzas ni para levantar una mano, el tratamiento la había dejado hipersensibilizada y cualquier roce o caricia era como un calambrazo de excitación.

Se durmieron junto a ella usándola de vez en cuando como si de un instrumento musical se tratara, de vez en cuando una mano la recorría hasta oír su inevitable gemido.

Al día siguiente, la muchacha se sentía humillada de tal manera que no se atrevía ni a mirar la cara de sus compañeras.

Pero la vergüenza fue cien veces mayor cuando en el comedor comenzó a escuchar los comentarios del resto de las reclusas: “Mira la gatita ya no maúlla”, “Pues ayer se la oía en toda la nave”, “¿Habrá descubierto que le gustan las nenas?”, “Nooo, noooo, por favor que no puedo más aaaay”, “Si me pagas bien yo también te lameré el chochito”.

Sabía que no podía marcharse porque las celadoras la hubieran obligado a regresar bajo una lluvia de porrazos, pero las lágrimas le rodaban silenciosas desde su cara agachada hasta la bandeja de la comida. Afortunadamente para ella, una pelea en el rincón opuesto distrajo la atención sobre su persona.

Aquella noche Catalina descubriría que, como en ocasiones anteriores, cuando creía haber tocado fondo en el sufrimiento, aun le aguardaba una experiencia peor.

Cuando se recluyeron en la celda, sus compañeras la miraron con una sonrisa inquisidora y le preguntaron: “¿Qué tal lo de anoche?, no dirás que no te gustó...”.

Aunque Catalina pensaba que, a pesar de los orgasmos y el placer físico, la experiencia no dejaba de ser repugnante y humillante, no quiso ofender a sus interlocutoras y prudentemente respondió: “Si que fue placentero, pero yo esperaba que mi primer orgasmo sería de otra forma, después de

haberme casado con un hombre muy guapo que me quisiera mucho y en un entorno romántico...”.

“Despierta gilipollas, tienes la perpetua y nunca vas a salir de aquí, ni siquiera tu cuerpo, porque cuando seas vieja y mueras nadie lo reclamará porque no tienes descendencia, o sea que te incinerarán en el crematorio de al lado de la capilla y tus cenizas serán abono para el jardín, así que lo más romántico y bonito que te podía pasar en la vida ya te sucedió ayer, pero no pienses que fue gratis porque aquí todo es un toma y dame, así que hoy te toca darnos el gustazo a nosotras”.

Las últimas frases le cayeron a Catalina como un mazazo porque al fin y al cabo tenían razón, la idea de que ni siquiera su cuerpo muerto saldría de aquellos muros y que la mejor experiencia sexual de su vida era la guarrada que le hicieron ayer la dejó planchada.

Pero aún le aterrorizaba más el que ahora fuera ella la protagonista, porque cuando estás atada de pies y manos no puedes evitar que te hagan cualquier cosa, pero ejecutar esas cerdadas por voluntad propia... Para ella era impensable, así que a modo de excusa comenzó diciendo: “Veréis... yo creo que no sabré, así que sería mejor que entre vosotras mismas... Y yo miro y aprendo”.

Saltaron sobre ella como panteras, en un instante estaba atada como una morcilla y con varios objetos punzantes presionando su piel, una voz seca como un latigazo le dijo: “Al entrar te explicamos que no te pusieras borde o lo ibas a pasar muy mal, y aquí quien no devuelve los favores es muy borde así, que ya puedes sacar esa lengüecita y comenzar a lamer”.

En esta ocasión tuvieron que causarle mucho dolor para que cediera, le clavaron agujas y le causaron quemaduras hasta que se derrumbó y accedió a lo que le pedían, aunque sin poder evitar los sollozos y arcadas de asco, pero a ellas parecía no importarles y le decían: “Sigue, sigue, lo haces muy bien, no te pares, tranquila ya te acostumbrarás”.

Cuando quedaron satisfechas la soltaron y se fueron a dormir tranquilamente, ella se quedó hecha un ovillo en un rincón de la celda, con la cabeza a punto de explotar.

A lo largo de toda la noche fue tomando una determinación, no había esperanza, nadie la ayudaría y no estaba dispuesta a sufrir más noches como aquella, acabaría con esa vida que no merecía ser vivida, por lo menos sus padres podrían reclamar su cadáver y su cuerpo saldría de allí.

También pensó en el mal que podía causar un solo minuto de error en la vida de tantas personas, ella, sus padres, la familia de aquel pobre muchacho que ahora estaba convencida de que no llevaba ninguna mala intención cuando se le acercó.

Si hubiera vacilado antes de clavarle aquel maldito cuchillo no se hallaría ahora aquí sometida a ese tormento. Pensar que antes odiaba a los hombres considerándolos unos viciosos y perversos y añoraba un mundo de mujeres.

Dios la había castigado cumpliendo su deseo, si sólo pudiera volver durante un instante hacia atrás y decirle a la que fue ella misma antes lo equivocada que estaba.

Al amanecer sus compañeras se levantaron alegres y sonrientes, viéndola aún en su rincón le dijeron: “Espabila, en cinco minutos hay que estar en el comedor”.

“No me encuentro bien, me voy a quedar aquí”.

“Estúpida ya sabes lo que pasará cuando pasen las celadoras y te vean, te van a poner a gusto”.

“Déjala tal vez necesita que la calienten un poco, vámonos”.

En cuanto se marcharon actuó con rapidez, aquellas brujas tenían todo el material que necesitaba, tomó las mismas tiras de tela recia con que la habían atado y las pasó por el hueco que una antigua tubería había dejado entre la viga y el techo. Subida en un taburete hizo pasar un lazo corredizo por su cuello y completó su obra con unas esposas de sus torturadoras, sujetas a un sólido cinturón con la hebilla a su espalda.

Cuando cerró la segunda esposa sobre su muñeca ya sabía que no se podría deshacer por si misma de aquella situación, ahora solo necesitaba el valor para volcar el taburete con los pies y su muerte sería inevitable.

El recuerdo de todo lo pasado en aquellas paredes la ayudó y quedó balanceándose en mitad de la celda. No obstante, en cuanto sintió la asfixia en su cuello y supo que no había vuelta atrás, sin una razón en concreto, se arrepintió de lo que había hecho, frenéticamente intentó liberar sus manos pero no pudo.

Al momento vio la silueta de las celadoras y por primera vez se alegró de su presencia, una de ellas blasfemando abrió la reja y se dispuso a entrar para liberarla, pero la otra la retuvo y con una sonrisa cruel le dijo: “Déjala,

nosotras no hemos visto nada y no toca hacer la ronda por aquí hasta dentro de diez minutos, que se muera esta perra, no merece otra cosa”.

Se marcharon entre risotadas mientras a Catalina se le comenzaba a nublar la vista, pero de inmediato vio otra presencia, tal vez por efecto de la asfixia tuvo la alucinación de que alguien entraba en la celda atravesando la reja, cuando estuvo cerca, Catalina comprendió porque su instinto le había alertado de su error al suicidarse, porque a su lado estaba Carlos, o lo que quedaba de su cuerpo corrompido, que la miraba sin ojos y le hablaba sin lengua: “Hola Catalina mi amor, hace mucho que te estaba esperando, disculpa que te llame mi amor, pero en este lado sé muchas cosas que antes desconocía, tú y yo estábamos destinados a vivir un gran amor y ser muy felices juntos, pero no pudo ser porque me mataste, por eso te estoy esperando, para poder vivir nuestro amor ahora en la muerte, juntos para siempre.

Mientras se hundía en la negrura de la muerte Catalina percibió como el cuerpo podrido de Carlos se abrazaba a ella hasta formar una unidad, mientras le seguía repitiendo “Catalina mi amor... Catalina”.

Al final de aquella oscuridad la muchacha vio una luz blanca que se acercaba hasta ocuparlo todo, los detalles dejaron de ser borrosos y pudo reconocer el lugar donde se encontraba.

Era donde comenzó la pesadilla que tantas veces había revivido en su memoria, estaba en aquella maldita cocina donde ocurrió todo, apoyada en el fregadero y empuñando firmemente un cuchillo detrás de su espalda.

El cadáver de Carlos había desaparecido, pero su voz no, porque volvió a oírla mientras se abría la puerta de la cocina, le volvió a ver allí con su aire despistado y bonachón diciéndole: “Catalina cariño, ¿Qué te han hecho estos patanes?, ven aquí y dame un abrazo”.

Por un momento un escalofrío de terror recorrió el cuerpo de la chica, pero no, no era un cadáver podrido sino él mismo, sano y alegre.

No sabía qué clase de magia le había dado esta segunda oportunidad, pero sintió la alegría recorriendo hasta la última fibra de su ser, soltó el cuchillo como si fuera un escorpión y se abrazó a Carlos recorriéndole con sus manos mientras le decía: “Estás bien, estas entero y vivo”.

El chico no salía de su asombro, porque la Catalina que él conocía no parecía la misma que ahora le estaba besando apasionadamente y le decía: “Te quiero, no sabes lo que he sufrido por ti”.

Él solo acertó a balbucear: “Pero sino me ha pasado nada, solo he bebido un poquito..”.

No pudo acabar la frase porque lo agarró de la mano y lo arrastró a través del salón mientras decía a sus perplejas amigas: “Chicas, Carlos y yo tenemos que hablar de muchas cosas y necesitamos intimidad”.

Dicho lo cual, agarrando con una mano una botella de champagne y con la otra la mano del atónito muchacho subió con él a una de las habitaciones del piso superior y cerró la puerta con pestillo.

La cara de la muchacha transmitía felicidad mientras contemplaba al que creía muerto, comenzó a quitarle alocadamente la ropa, comprobando que no había señal alguna de cicatriz en su cuerpo, no obstante Catalina sabía que la experiencia pasada en la cárcel no había sido un sueño, porque los sueños se van diluyendo al despertar, los detalles se hacen imprecisos y solo se recuerda a grandes rasgos, pero ella podía describir y visualizar cada detalle de su celda y sentir todo el dolor sufrido en aquella prisión, por eso, ya que no podía borrar esos recuerdos quería sobreponer encima otros muy diferentes.

Cuando Catalina se hubo desnudado en un santiamén, empujó a Carlos encima de la enorme cama de matrimonio sin preocuparse de que era la de los dueños de la casa.

En ese instante, a pesar de que había bebido un poco, el chico se puso serio y le dijo: “Explicame la verdad, ¿Te has drogado?”.

“No cariño, que va, simplemente me he dado cuenta de que soy una imbécil y estoy guardando como un tesoro algo que es para ser vivido y disfrutado a diario, sería horrible estar preservando durante años mi virginidad para correr el riesgo de perderla de una forma asquerosa, así que quiero perderla contigo, aquí y ahora”.

“Bien, pero escucha... Después de tantos años... Aún sin querer te haré daño y no será para ti muy placentero”.

“Que importa un poquito de daño en comparación con...”, Aquí se detuvo un instante pensando en lo vivido en la cárcel, “Bueno en comparación con todo el cariño que seguro que me vas a dar”.

Al cabo de dos horas Sara dijo: “Basta ya, estamos aquí de pasmarotas sin saber qué demonios pasa arriba, subiré discretamente a ver si me entero”.

Cuando bajó, su cara reflejaba un asombro total: “¡No puedo creerlo, están follando como locos!”.

“¿Los has visto?”.

“No hace falta, solo hay que oírlos a través de la puerta”.

“¿Pero que le ha pasado a esta chica, ha enloquecido?”.

“Si ha enloquecido es una locura muy buena, lo que no era sano es lo de antes, así que vamos a disolver la fiesta, hemos tenido un éxito total, aunque sin saber cómo”.

Cuando después de muchas horas acabaron exhaustos abrazados uno junto al otro, Catalina acarició tiernamente a su pareja y le dijo con suavidad: “Escucha cariño, quiero que sepas que lo que ha pasado entre nosotros no te obliga nada, yo estoy enamorada de ti, pero tú no tienes por qué estarlo de mí, al fin y al cabo yo te he pillado por sorpresa y casi, casi te he violado”.

Él le dio un beso muy dulce y le contestó: “Está bien, ¿Pero me dejarás que vaya a buscarte mañana?”.

A partir de entonces fueron inseparables, y aunque Catalina decía que no era necesario, acabaron viviendo juntos y casándose más tarde.

Otra cosa que cambió por completo en la muchacha fue la forma de tratar a los hombres, sin llegar por supuesto a ser ninguna golfa se relacionaba con ellos con bastante desparpajo, y si sus amigas le preguntaban: “Pero chica, ¿Ya no recelas de los hombres?”.

Ella contestaba con una sonrisa: “Bueno, ahora recelo mucho más de las mujeres”, sus interlocutoras lo tomaban a broma sin sospechar que decía la verdad.

Pero había una respuesta sin contestar en la vida de Catalina, su experiencia en la cárcel.

Poco a poco se fue informando acerca de temas legales y un día asistió como público a una audiencia de la sala donde recordaba haber sido juzgada, reconocía perfectamente los detalles y a la propia magistrada cuyo rostro y su voz le habían quedado grabados, incluso a los guardias de la audiencia, evidentemente a ella no la reconoció nadie porque no había cometido delito alguno ni había sido nunca juzgada.

Decidió dar un paso más, se interesó por oenegés que ayudaran a presas y comenzó a colaborar con ellas, hasta que consiguió asistir a unas charlas y

terapia de ayuda a las reclusas del presidio donde supuestamente había estado presa.

Para Catalina fue realmente traumático porque las reconoció prácticamente a todas, las celadoras sádicas, las lesbianas, las malvadas que disfrutaban causando dolor, también reconoció cada detalle y cada lugar donde había sido violada.

Tuvo que marcharse, sus compañeras de la asociación le dijeron que era normal que en su primera visita a un presidio se impresionara, pero ella no volvió nunca más. Ya tenía suficiente porque ya sabía lo que deseaba, era imposible que hubiera imaginado todas aquellas caras, aquellas voces, el escenario, que supiera incluso los nombres de bastantes de las reclusas, de alguna forma lo había vivido, aunque fuera en una dimensión paralela o tal vez había podido retroceder en el tiempo, el cómo, no podría saberlo nunca, pero aquello había sido real.

Aquella noche en la cama se abrazó muy fuerte a Carlos y le preguntó: “Haz memoria, de aquel día en que hicimos el amor como locos por primera vez, aparte de eso ¿Recuerdas algo más?”.

Carlos contestó con un suspiro: “Nunca podré olvidar aquel día, fue el día en que me mataste....”.

Catalina se tensó como la cuerda de un violín, el corazón le latía tan fuerte que pensó que se le iba a salir del pecho... “De placer”, acabó él la frase.

Carlos no comprendió porque de repente su mujer había roto a llorar de aquella manera, ya que no era de carácter débil ni cursi, no sabía que decirle ni como consolarla: “Pero cariño ¿qué te pasa?”.

“¡¡Eres un tonto!!”, Le gritó ella entre sollozos, “Mira que decir que te maté”.

“Pero bonita, si es una expresión de amor, decir que me mataste de placer”.

“Pues no me gusta, no la repitas nunca más”.

“Si te molesta te juro que nunca diré nada parecido”.

Carlos pensó que estaba demostrado que hasta la chica con la mente más lógica del mundo tenía algún punto débil, alguna tontería o fobia.

Con el tiempo se fue suavizando, aunque no borrando, el recuerdo traumático de la experiencia en presidio. A veces no podía evitar pensar si

en otro universo paralelo no habría otra Catalina presa o muerta por suicidio, un escalofrío recorría su cuerpo y un pensamiento de compasión su mente.

Daba gracias a Dios por aquella segunda oportunidad y le prometía aprovecharla con todas sus fuerzas.

FIN...